

Tango y sexualidad¹

Gustavo Varela

Buenos Aires en 1900 no es reconocible

Buenos Aires en 1900 no es reconocible. Tiene su rostro desfigurado por habitantes extraños que bajan de los barcos, que ocupan las calles y se instalan en casas abandonadas. La peste de 1871 dejó vacías y a su disposición las enormes propiedades que las clases dominante poseían en San Telmo, quienes ante el temor a contagiarse deciden emigrar hacia el norte y fundar nuevos barrios y, entonces, nuevos cercos. Lo que hasta entonces servía para albergar a una familia bien, se convierte en una verdadera ciudad con nombre propio, el conventillo, hecho de decenas de habitaciones, de idiomas y de costumbres, reunidos todos alrededor de un patio central que va a servir de ágora para fundar una identidad de síntesis.

El inmigrante en suelo argentino amplía el mundo. Las fronteras ya no son las del país colonial, endebles por entonces y en proceso de definición, sino las de todo el globo. Por lo tanto no hay fronteras sino arrabal, costado, margen. La frontera es una cuestión para el siglo XIX que la llegada del inmigrante hace desaparecer como problema. Buenos Aires está invadida, casi 7 de cada 10 personas son extranjeros, la población se cuadruplica en poco tiempo, una estadística impensada por las elites gobernantes. Otras costumbres, otro sonido, la diversidad desespera a la aristocracia gobernante, a Mitre, a Roca, a Ramos Mejía, a Cambaceres y se aplican a un modelo de nacionalismo positivista: la aldea está invadida y la nación se pierde. Es necesario unificar la lectura de nuestra historia, elaborar los primeros mapas, extender los límites, matar al indio y ocupar las tierras con verdaderos latifundios, escribir novelas para explicarnos y decirnos quiénes somos. Aquella vieja razón positivista, que veía a la ciudad como el ideal de salubridad y progreso y al campo como la barbarie, se invierte. Se trabaja sobre la higiene pública en la metrópolis, se draga el puerto, se cavan cloacas, se fundan hospitales y dispensarios a granel. Pero es necesaria la tradición frente a la poligamia cultural que ofrece el inmigrante. Recluirse, pensar en la tierra, hacer pie políticamente sobre el imaginario de la oligarquía terrateniente y, sobre ella, construir un modelo de identidad nacional. Hasta Juan Manuel de Rosas comienza a aparecer en

¹ Este artículo es una selección de textos del libro de mi autoría *Mal de Tango*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 2005.

algunos discursos liberales como un icono de nacionalidad, reivindicado por aquellos mismos que hasta hacía muy poco lo habían condenado.²

Por ello el tango, como la primera expresión de esta mixtura cultural inmigratoria, edifica una idea de comunidad de sentido alrededor de aquellos temas que comprometen la existencia singular, comunidad de individuos y no de ciudadanos, tal como decía Borges. A diferencia de otros folclores, donde las letras describen el sentimiento y el orgullo de pertenencia a un lugar propio, el tango no escribe una identidad geográfica sino afectiva, de relación, de vínculo. Se baila el deseo sexual; después, se versifica la pobreza, el amor, la amistad, la madre, la traición, etc. La cartografía sobre la que se funda no es la abstracción de la belleza de un paisaje ni la pertenencia a la tierra sino el lugar del encuentro social, primero en la dicha prostibularia, más tarde en el café, en la mesa que reúne, el barrio, la esquina, el espacio público compartido alrededor del cual se organiza una comunidad afectiva y moral. El tango no es reactivo; no aparece como expresión de los márgenes frente a la discriminación de las elites; el carácter erótico de su baile no es una respuesta a la moral sexual imperante, ni sus letras dan cuenta del rencor del marginado social. Es una expresión plástica que aparece, junto a otras expresiones (el teatro popular o los partidos políticos de masas), como un modo de fundar nuevos valores, como el sonido inicial de una clase que se está inventando a sí misma, que abrirá una brecha entre la burguesía acomodada y la pobreza, entre la civilización y la barbarie. No hay indemnización ni facturas que pagar. Suponer, como lo hace Borges, que el tango es una manera de compensar ciertas falencias, de edificarse sobre el mito apócrifo del coraje argentino, es ubicar en sus orígenes un dispositivo moral para una sociedad que ya tendría demarcado su destino y que, el extranjero, en su nostalgia, lo extravía. La masa inmigratoria está inventando un nuevo modelo social que carece de programa y, por lo tanto, no hay rumbo, tal como escribe desesperadamente Eugenio Cambaceres, tal como parece decirlo Borges cuando invertimos la milonga por el tango y la sangre por el fracaso.

Las tradiciones culturales que los inmigrantes arrastraban de sus países de orígenes se ven mezcladas con otras. Las relaciones que mantienen entre ellos no tienen ningún

² Viñas. *Apogeo de la oligarquía*: "...si para la elite escindida y enfrentada del 52 al 80 Rosas era la alteridad y el mal, para la elite homogeneizada después del Acuerdo el mal eran los hombres nuevos y Rosas —en tanto se identificaba con el Pasado y la Sangre— empezaba a ser un valor positivo para el grupo. La posición defensiva de la elite liberal se denota con claridad en el movimiento que va de la sensación de *crisis* a la *regresión*." Pág. 51.

marco desde donde establecerse y, a pesar del esfuerzo de muchos inmigrantes de aglutinarse alrededor de un origen común, la mezcla es inevitable. El piamontés está obligado a establecer vínculos sociales con el turco, con el polaco o con el francés. No hay entre ellos una argamasa que los reúna: ni la historia, ni las tradiciones, ni la religión, y mucho menos un lenguaje común. El tango es el efecto musical de esta mixtura, un calidoscopio italiano, español, judío, francés, alemán, africano. Pero esto no implica que se trate de un sincretismo de saberes sino de una fusión de vivencias, de cosas, de instrumentos y de cada cultura tomará aquello que necesite. Todo es foráneo: el bandoneón, el baile de agarre, el nombre mismo. Salvo la milonga campera, de la que el tango se nutre principalmente en el ritmo, el resto de los elementos que le dan vida encuentran su raíz en el mosaico inmigratorio.

Pero esto no significa entender que el tango surja como una sumatoria de elementos aislados sino que aquí, como en la teoría de la Gestalt, el todo es más que las sumas de la partes. En su origen es la vivencia de mixtura que vive la sociedad de Buenos Aires, da cuenta de una forma nueva de representación del mundo, una manera de vivir el tiempo y de edificar un espacio común sobre un territorio ajeno. El tango será el modo de construcción de una identidad de origen fragmentario, un edificio compuesto de sexualidad prostibularia, de alegría, de diversidad. Y después de nostalgia, de conventillo y moral, de soledad y extrañamiento. Tiene muy poco o casi nada de la Argentina anterior a 1880. Por ello no es el sonido del Río de la Plata sino la armonía del puerto, la del prostíbulo cercano al puerto. No expresa el dolor del esclavo que canta su tristeza al lado del Mississippi, como en el jazz; no es la música de la tierra ni la representación de una geografía definida.

Su presencia tendrá, para el nativo de Buenos Aires, el mismo sabor de contaminación que tiene el extranjero. Para colmo, y a pesar de una política central que marcó la necesidad de la inmigración como modelo para el progreso, el inmigrante que llega no es el que la sociedad política de entonces esperaba. No son franceses que llevan *El contrato social* de Rousseau bajo su brazo; tampoco el italiano culto que ama la ópera; mucho menos el inglés, a quien esperaban a las 5 de la tarde para mostrarles que aquí también existe la civilización y se bebe el té de la India. No, los que bajan de los barcos arrastran, en su gran mayoría, la condición de bárbaros de su propia cultura, seres capaces de dormir en habitaciones de conventillo, apilados uno encima de otro, que traen, en

algunos casos, ideas que atentan contra la moralidad local. Desembarcan putas y anarquistas, napolitanos analfabetos y alemanes de ideología wagneriana, la hija del cocinero de la corte del rey de España y el polaco socialista que termina siendo rufián en un prostíbulo de Avellaneda.

La cara del extranjero reflejada sobre el Río de la Plata es la fuente de la que brota el tango en su origen; ni el extranjero ni el río, ambos. Es por ese motivo que el tango va a tener problemas de identidad casi desde su fundación y que, frente al más mínimo cambio, comiencen a plantearse conflictos de carácter ontológico, cuestiones que siempre anuncian su muerte. Mucho antes que los detractores de Piazzolla de la década del '60, y apenas con unos pocos años de vida, en 1903 Fray Mocho escribe: “Los famosos cultivadores del tango y el tango mismo han desaparecido de la escena. Si ya no asistimos a su ignorada muerte, oímos el fúnebre tañido de la campana que anuncia su agonía.”³

Es esta identidad pluriforme que exige del tango un continuo reafirmar su carácter, su esencia y que lo expone, cada tanto, a una situación necrológica. En 1913 escribe Enrique García Velloso: “El tango no va a agonizar. Morirá de repente y desaparecerá como la llama de una bujía a la que se da un soplido...Una mañana te despertás y nadie sabrá lo que ha sido el tango.”⁴

Y si “ por la vegetación que crece en un terreno se infiere la naturaleza de éste”⁵, el terreno en que crece el tango es múltiple, porque su flor es mixta, hecha de bandoneón alemán, de melancólica habanera, de armonías napolitanas, de baile negro con cortes y quebradas, olor a vasco, a genovés y a africano, todo a la vez.

Por ello es posible entender su etapa prohibida, sus primeros años en el secreto jovial de un prostíbulo y la aversión que producía en las clases dominantes. Porque si bien es cierto que su tipo de danza sexual implicaba un desafío a los patrones morales de la época, el rechazo que produce el tango está en directa relación con el rechazo hacia el inmigrante, con la crítica hacia sus modos de vida, con la náusea que causan en los sectores más acomodados.

La generación del '80 escribirá novelas, leyes, disposiciones, edictos, reglamentos, vinculará al inmigrante con la peste y el tango recibirá los mismos adjetivos despectivos

³ De Lara. *El tema del tango en la literatura argentina*.

⁴ Op.cit.

⁵ Nietzsche. *La filosofía en la época trágica de los griegos*.

que el extranjero. Su música es la expresión de una moral repugnante que da cuenta de la repugnancia que producen los inmigrantes en las elites. El extranjero, como el tango, es la amenaza de una infección que es necesario extirpar. Y para ello serán necesarios los médicos, diestros en el manejo del bisturí.

Echale aceite a la manija

Echale aceite a la manija, Va Celina en punta (Vaselina en punta), Tocámelo que me gusta, Se te paró el motor, Metele fierro hasta el fondo, Dejalo morir adentro, El movimiento continuo, Afeitate el 7 que el 8 es fiesta, Viejo encendé el calentador, Date vuelta, Empujá que se va a abrir, La c...de la l..., Pan dulce, Tomame el pulso, Mordeme la oreja izquierda, Aura que ronca la vieja, El fierrazo, Tocalo más fuerte, Qué polvo con tanto viento, Hacele el rulo a la vieja, Sacudime la persiana, ¡Al palo!, Dos sin sacar, Metele fierro hasta el fondo, son algunos de los títulos de los llamados tangos prostibularios compuestos dentro de los últimos 20 años del siglo XIX y los primeros del XX. A la mirada de la sociedad culta, todo un escándalo. La ciudad en la que Sarmiento imaginaba desde su San Juan natal a sus habitantes leyendo por las calles *El contrato social* de Rousseau, la ciudad sobre la que debía construirse la civilización, está cercada de prostíbulos, casas de tolerancia, invertidos, mantenidas, yirantas, madamas y proxenetas, toda una industria instalada en Buenos Aires en apenas dos décadas.

Sarmiento murió en 1888; ese mismo año funcionaban en Buenos Aires 239 escuelas, había 16 templos católicos importantes y otros tantos menores y... ¡6.000 prostíbulos!⁶

Nos ganó la barbarie: en lugar de maestras norteamericanas llegan putas húngaras, polacas o paraguayas. Encima, todas las noches un ejército de 600 hombres se mueve por las calles de Buenos Aires en busca de diversión en las casas de baile, refugio nominativo de los prostíbulos.

¿Qué es el tango en esta geografía? Es música extranjera dispuesta como atractivo, como propuesta de entretenimiento, para que los hombres elijan entre una oferta de placer muy amplia. Música extranjera que sirve para convocar a los prostíbulos y que no hace más que producir la unión de los cuerpos en el ritual del baile. Es el ritmo que necesita el

⁶ Carretero. *Prostitución en Buenos Aires*.

encuentro del hombre y la mujer, una provocación anterior para excitar. Después se convertirá en una danza, pero en un principio es la música de fondo que sirve para que los instintos se despierten con más fuerza. Un ritual amoroso, un modo de apareamiento figurado antes del encuentro. Y el baile representa lo que después va a ser en la cama: el hombre que avanza, la mujer sumisa que espera, mientras él gobierna con el pecho y los hombros la dirección y el paso; las piernas que hacen un continuo diagrama de abrir y cerrar, el hombre avanza, su pie se mete entre los pies de ella para abrir, y ella esconde su sexualidad en la figura del ocho, le dice no, todavía no es tiempo. Él insiste, la lleva de aquí para allá, hace un corte y se le acerca más, la pega a su cuerpo. Insiste pero los pies de ella siempre retroceden. La mujer es pasiva; el hombre manda. La ceremonia se repite por los tres minutos que dura el baile, él debe seducirla y ella escapa. Un culto de ligazón sin cópula, sensualidad de los cuerpos sin genitalidad, una danza erótica que anuncia un próximo encuentro.

El magma instintivo

El magma instintivo transita en los prostíbulos. La voz de Angel Villoldo dice en las letras de algunos de sus tangos que no hay más orden moral que el definido por los apetitos. Ni anomalía ni interioridad. Sobre una reja callejera se hace el amor de parado y la queja no es por la inmoralidad de la mujer sino porque:

*Algunos despreocupados,
que son de los asquerosos,
después de c... gustosos,
dejan los forros colgados.⁷*

La mujer goza, igual el hombre, allí la conciencia no pone límites porque no hay conciencia sino placer. Entonces Villoldo se divierte cantando con su guitarra en las salas de los lupanares un poema que firma con el seudónimo Lope de la Verga y que honra en milonga a la vagina de la mujer amada en una noche.

⁷ *La reja*. Autor: Angel Villoldo. Sin fecha.

*Me enardece de tu látex la tersura,
me subyuga de tu cutis el rubor,
y en las horas placenteras del amor,
me fascina acariciarte la costura.*⁸

Jovial, este que fue payaso de circo y cuarteador de los barrios bajos, fue estrenado en 1903 como músico de tango en un restaurant fino de la calle Cangallo, cuando *El choclo* sonó en *El americano* como danza criolla, y entonces el honor de un rufián fue puesto entre las mesas de gente bien. No hay todavía reflexión ni intimidad; las letras de Villoldo no dan signo de que el tango esté padeciendo algún tipo de raquitismo moral. Tipógrafo de *La Nación*, escribe para cantar en los prostíbulos acaso lo mismo que cantaba en los hospitales públicos adonde se dirigía con su guitarra para entretener a los enfermos. Allá, a voz en cuello; acá, al oído de algún moribundo anónimo al que pretendía divertir. Tal vez la misma milonga, desafiante, que cuenta la historia de un compadrón amante, dicha no en idioma de diario sino de lupanar, que dice que la algarabía no construye valores ni los reclama. Idioma bajo, escuchado y festejado en los prostíbulos de la calle Junín, esta vez sin metáforas sino de manera directa, la voz de Villoldo entona versos escandalosos, síntoma de la dicha prostibularia. El apetito sexual extendido, que provoca risa y no vergüenza, arrasando con todo. Es el año 1905, *Caras y Caretas* escribe que “...llegando el carnaval el tango se hace dueño y señor de los programas de baile, y la razón es que siendo el más libertino, sólo en estos días puede tolerarse...”⁹.

Angel Villoldo circulaba sexualidad y descaro por cafetines, peringundines, prostíbulos finos y festejos de carnaval. Ni explicación espiritual ni de dolor de vivir ni intimidad. En su boca los versos cantaban con humor y desenfreno al instinto sexual, al extremo de olvidar incluso el incesto. Todavía no hay madre asexuada ni novia pura ni máscaras de dicha para putas tristes.

Villoldo se enamoró de una mujer de la vida, la que un día perdió su memoria a causa de una enfermedad, memoria que fue recuperando con el tiempo casi en su totalidad. Sólo una cosa no recordaba, una sola cosa entre todas las que había olvidado: quién era ese

⁸ *A mi amor herido*. Autor: Lope de la Verga (Angel Villoldo). Sin fecha.

hombre, de bigotes oscuros y mirada tierna, que todas las tardes, en su casa, le hablaba de amor al oído. Villoldo sufrió a su lado hasta que un día murió de pena por aquella mujer. Y a pesar de tanto dolor y tanto amor, nunca le compuso un tango.

La bella Otero es un travesti

La bella Otero es un travesti que en 1880 escribió una parodia de su autobiografía y que el criminólogo Francisco de Veyga publicó en su ensayo *La inversión sexual adquirida - Tipo profesional* en 1903. Ella, Aurora, y otras travestidas caminaban por las calles, se mostraban, junto a otras, vestidas como señoras bien, por el paseo de Julio o por el puente de los suspiros, buscando posibles clientes. No solo prostitutas por las calles, sino también homosexuales, travestis y pederatas ampliaban el mapa de placer sexual de Buenos Aires a fines del XIX.

Desesperación de higienistas: toda una literatura se escribe para ubicar a los invertidos sexuales dentro del arqueo moral que llevaban médicos y criminólogos en sus obras. Ramos Mejía, José Ingenieros, Eusebio Gómez o Francisco de Veyga hacen taxonomías, tratan de descifrar el origen de “tanta perversión”, lo asocian a la pobreza, al inmigrante, a la modalidad sexual de las grandes ciudades. Hasta defienden un tipo de prostitución nacionalista, la de las chinas del viejo prostíbulo, donde no hay no organillo, es decir donde no hay tango, un tipo de mal preferible a los modelos extraños de sexualidad traídos desde el extranjero. El subcomisario de Policía Adolfo Batiz, escribe en *Buenos Aires, la rivera y los prostíbulos de 1880* toda una llamada nostálgica a épocas pasadas, cuando eran frecuentes “los humildes prostíbulos de las chinas criollas de pura raza, tipo indiano, habitando solamente una o dos en cada casa, sin órgano chillón como las casas del rufián napolitano.”¹⁰

La asociación entre una moral del mal y la inmigración era frecuente en los novelistas e intelectuales de fines de siglo. La prostitución heterosexual era un mal pero de rango menor que la de los invertidos. La infección extranjera, en el caso de los prostíbulos de mujeres, si bien acarreaba males, era más natural que la llevada adelante por homosexuales y travestis, pues suponían un tipo de presencia diabólica capaz de contaminar, incluso, al más sano de los hombres. Niños, inocentes y desprevenidos podían

⁹ Ferrer, Del Priore. *Inventario del tango*.

caer en manos de los espermófagos¹¹, devoradores activos de fluidos masculinos. Su presencia era aún más infecciosa que la derivada de las putas polacas o húngaras. Los travestis, como peluqueras o sirvientas, eran capaces de filtrar el control de capas sociales y meter en su cama a un ingenuo niño bien.

Los médicos y criminólogos escriben sus historias, revelan el tipo de perversión al que está sometida la sociedad, publican sus fotos en los archivos, dejan oír la voz de los travestis en primera persona en sus escritos. Al igual que con la prostitución heterosexual, en el afán de mostrar el Mal, promocionan su presencia con libros, recomendaciones, modalidades de acción, lugares de encuentro. En las fotos publicadas es posible observar que los invertidos no fundan su femineidad en la exageración de las formas. No acentúan sus pechos ni tienen una forma erótica de presentación. Lo que se percibe es un tipo de gestualidad, una manera de imitar más lo femenino que lo sexual, mujeres comunes más que caricaturas femeninas. Una verdadera simulación, que tanto preocupaba a los higienistas: la inversión de clases sociales tiene el mismo registro pernicioso que la inversión sexual. Unidas ambas, el efecto de devastación moral se duplica.

El tango es transversal, reúne en su impertinencia de encuentro sexual a las clases y a los sexos. La algarabía prostibularia de su etapa prohibida no reconoce taxonomía moral y la construcción homofóbica que después tendrá entre sus acólitos y en algunas de sus letras no está presente en los orígenes. Por ello, travestis y homosexuales andan cerca del agua donde creció su larva, en la invasión de las calles en el carnaval, bullicio de máscaras y música; o en el prostíbulo, donde la palabra lunfardo apoda al delincuente, al rufián y al invertido, todo a la vez, porque "...cuando un invertido ha tirado la chancleta, frase que en la jerga quiere significar que ha perdido los miramientos y que no hay escrúpulo alguno en practicar el vicio profesionalmente, ingresa a la cofradía; entonces viste de mujer, se pinta, adopta un nombre femenino, comienza a "girar", es decir, a recorrer las calles en busca de clientes y frecuenta los bailes que periódicamente se organizan para estrechar los vínculos de solidaridad."¹² Allí, según Eusebio Gómez, el invertido asumía el rol de canfinflero, tipo propio de los prostíbulos y tan vinculado al tango.

¹⁰ Salessi. *Médicos, maleantes y maricas*.

¹¹ Tipología utilizada por Francisco de Veyga.

¹² Gómez. *La mala vida*.

Entonces, La bella Otero, en su autobiografía, escribe una canción, a la manera de las letras de Angel Villoldo, con humor y sin frenos, pero a la vez como explicitación de un universo erótico compartido, en tiempo de milonga o de zarzuela, mezcla musical que va cuajando en el lupanar para volverse tango. No digo que La bella Otero compuso un tango sino que reproduce en sus versos una lírica sexual que se decía, con algarabía y desparpajo, en el tango.

Travestis, actores y el autor de tangos compartían el mismo espacio escénico. Son las primeras formas del teatro de Revista, donde las canciones se mezclaban con monólogos o diálogos atrevidos; un territorio común para La bella Otero, Parravicini y tal vez Villoldo, salones con mesas, donde no se cobraba entrada, pero sí la obligación de consumir, para un público masculino que gozaba seduciendo a camareras de poca ropa.

Quizás haya sido en uno de aquellos lugares que Villoldo presentó *Los percances de Mario*, no un tango ni una milonga sino un diálogo en el que, como en La bella Otero, un travesti se confiesa con humor, aunque en este caso para contar los contratiempos que padeció en las calles de Buenos Aires por su condición de invertido. No hay sanción, ni gracia facilista, ni condena moral. Su amigo, un hombre con acento de guapo, lo escucha, acompaña con respeto lo que dice Mario cuando éste confiesa los percances sufridos sin comprender demasiado por qué, con ingenuidad. La risa surge de una mirada crédula, que no exagera las formas de decir ni el tono femenino del travesti. Con naturalidad, la gracia no está en la hilaridad homofóbica sino en la inocencia.

En el diálogo, el guapo siempre lo llama Mario; ella habla de sí misma en género masculino, mientras cuenta su enojo cuando el mozo de una confitería la despide con un “Adiós petronito”, bien masculino; eso irrita mucho a Mario, que no es un hombre sino una mujer que ocupó una mesa en el salón de señoras. “Sos un perseguido por los insolentes”, le dice el guapo y entonces ella, después de pedirle un cognac, le cuenta a su amigo otro percance que le sucedió en la Avenida de Mayo, mientras tomaba una granadina, esta vez con final feliz. “Estaba tomando tranquilo el refresco con la pajita cuando acierta a pasar un tipo insolente y me dice: adios nena... Y se paró a ver cómo tomaba por la pajita. Yo le dije, no lo conozco y siga su camino, ¿sabe?...Y entonces él pela un revolver y me dice: mirá pedazo de marionete, si no te callas voy a perforarte el hoyo de un balazo...Quería pegarme un tiro en este hoyito que tengo aquí... en la barba... ¡Envidioso!, porque él no lo tiene...

Después nos fuimos a cenar juntos. Era un cliente mío, de mi negocio, lo conocí por un lunarcito de pelo que tiene en el pómulo derecho”. El hombre, bien varón, que le dice al travesti marionete (maricón), que intenta agredirlo con un revólver, era su cliente, al que Mario reconoce por un lunar en el pómulo, claro que no de la cara.

Al fin, antes de partir y terminado el relato de sus desventuras, Mario invita a su amigo para el baile de tango que va a dar la *Vasca* Helena. El guapo, lejos de rechazarlo, le dice que le gustan los bailes con corte, le insiste a Mario para que lo vaya a buscar, que no se olvide, y lo despide diciéndole que se cuide de los guarangos que andan por la calle. “Por las dudas, responde Mario, llevaré el pito...el pito preparado para llamar al agente”. Lo de la Vasca Helena es seguramente el salón de un prostíbulo fino, donde se mezclan clases sociales, invertidos y músicos de tango, todos allí, sin prejuicios.

Los límites se disuelven en una Buenos Aires que respira placer e instinto. No es cierto que el tango haya sido bailado en sus orígenes sólo por hombres, tal como afirman algunos. Pero la pluralidad de géneros sexuales tampoco es nostalgia de un deseo homosexual, como lo sostiene Jorge Salessi sobre el final de su libro. Es la misma jovialidad que el placer sexual manifiesta, sin dictados morales, sin prejuicios. Prejuicios que no tenía La bella Otero al componerse a sí misma. Los que no tiene Angel Villoldo cuando escribe sus parodias o sus tangos.

Buenos Aires construye su identidad

Buenos Aires construye su identidad de mixtura caminando tango en un prostíbulo. Los cuerpos, en el baile, son la única naturaleza presente, ni la cultura ni el origen ni la condición social. Allí se mezclan el boticario, el político y el estudiante. Sobre el cuerpo de las meretrices escriben su historia el inmigrante, el general, el hombre de campo, el escritor, el jornalero y el presidente de la República. Julio Argentino Roca, que conquistó el desierto, conquistó también a una puta regalándole una estancia; Eugenio Cambaceres, primero diputado por la provincia de Buenos Aires y después escritor, que sabía de la corrupción que corre *en la sangre* de los inmigrantes arribistas dejó, de herencia, toda su fortuna a una prostituta austríaca, que más tarde fue amante de Hipólito Yrigoyen y con

quien tuvo un hijo. El broche de oro es Eva Perón, a los ojos de la oligarquía una puta y a los del pueblo una santa.

El prostíbulo es la cara íntima de la sociedad de entonces, el ágora donde se negocia placer a la vez que se acepta una nueva sociedad cosmopolita. El tango no podía tener otra sala de parto. Su diseminación en todos los niveles sociales llevó el mismo vértigo que el de la prostitución en Buenos Aires. Y aunque no en todos ellos se tocasen tangos (ya que muchos eran casas de tolerancia de una sola meretriz, pobres, con apenas uno o dos cuartos), 6.000 prostíbulos eran garantía de una rápida dispersión por toda la ciudad, por todas las clases, una peste irrefrenable que se filtraba, ya no como con el organillo por las ventanas de las casas sino por el instinto sexual de una sociedad que hervía de placer.

Porque si bien es cierto que la mayoría de los inmigrantes eran varones que venían sin sus familias, no alcanza como justificación para explicar por qué Buenos Aires se convierte en la capital mundial de la prostitución. Sólo puede entenderse si los sectores más acomodados económicamente y vinculados con el poder son cómplices de esta situación. Pero no me refiero sólo a un tipo de complicidad económica o ideológica sino a que aquellos sectores de la oligarquía, que escribían leyes, novelas y ensayos para detener la barbarie inmigratoria, aceptaron, compartieron y de algún modo promocionaron la prostitución. No se instalan 6.000 prostíbulos de la noche a la mañana. No es suficiente con pensar en la excentricidad de algunos políticos que, como Adolfo Alsina, concurrían a los remates de prostitutas en el teatro Alcázar, a las que mostraban desnudas, caminando encima de una tablado y a las que revisaban sus dientes como si fuesen caballos de monta. No, la presencia de *cocottes*, cabareteras y mantenidas por las calles de Buenos Aires es el estallido de una orden ético diferente al que se proclamaba desde los libros; los inmigrantes, con sus putas auestas, denuncian la doble moral sobre la que se asentaba la oligarquía dominante, de prohibición y perversión, de considerar a los extranjeros infectados en la sangre y a la vez, de amor a una inmigrante, polaca y puta, para dejarle un hijo y todo su dinero.

Así, contradictorio, escribe el mismo Eugenio Cambaceres sobre la prostituta, entre el naturalismo darwiniano y la necesidad de goce y placer, entre su ideología de clase y su vida íntima: “La limitación estrecha de sus facultades, los escasos alcances de su inteligencia incapaz de penetrar en el dominio profundo de la ciencia, rebelde a las

concepciones sublimes de las artes, la pobreza de su ser moral, refractario a todas las altas nociones de justicia y de deber, el aspecto mismo de su cuerpo, su falta de nervio y de vigor, la molicie de sus formas, la suavidad de su piel, la morbidez de su carne, ¿no revelan claramente su destino, la misión que la naturaleza le había dado, no estaba diciendo a gritos que era un ser consagrado al amor esencialmente, casi un instrumento de placer, creado en vista de la propagación sincera y creciente de la especie?”¹³

La pobreza moral y la escasa inteligencia de la puta se continúan en la suavidad de la piel y la consagración al amor, sólo separados por una coma, rechazo y aceptación a la vez. Por ello es posible entender por qué el discurso higienista y de control que intentaba reglamentar la prostitución se contraponía a la desidia y complicidad de los gobernantes argentinos. Ningún representante de nuestro país asistió a la confección de un tratado internacional contra la trata de blancas en 1902, a pesar de haber sido enviada una invitación; hasta la ley Palacios de 1913, los jefes de familia que obligaban a las mujeres a prostituirse no cometían ningún delito¹⁴; Buenos Aires era motivo de preocupación de los diferentes organismos europeos de lucha contra la prostitución y en todos ellos se acusaba, diplomáticamente, a los gobernantes argentinos de ineficacia. Según Donna Guy, “ los reformistas morales y los funcionarios públicos de Buenos Aires respondieron a estas acusaciones con una mezcla de indignación, vergüenza e indiferencia. La Iglesia Católica argentina no hizo nada por criticar la concepción agustiniana sobre la prostitución. Tampoco lo hizo el gobierno nacional.”¹⁵

Eran médicos los que escribían y gobernaban a la Argentina clínicamente: Antonio Argerich fue secretario de gobernación en Chubut y jefe de policía en Catamarca; Eduardo Wilde, ministro de Roca y de Juarez Celman, también presidente del Departamento Nacional de Higiene; José María Ramos Mejía, fundador y primer director de la Asistencia Pública, presidente del Departamento Nacional de Higiene y del Consejo Nacional de Educación; José Ingenieros, director de los Archivos de Criminología. Más tarde, Juan B. Justo, Nicolás Repetto, Augusto Bunge, Enrique Dickman, Angel Gimenez y Juan Cafferata, diputados nacionales. La moral es higiene y el país debía convertirse en un gran dispensario.

¹³ Cambaceres. *Sin rumbo*.

¹⁴ Guy. *El sexo peligroso*.

¹⁵ Op.Cit.

Entonces los escritos contra la prostitución, lejos de combatir moralmente la mala vida, reforzaban la presencia discursiva del sexo en la sociedad argentina. Al igual que en cada uno de los 6.000 prostíbulos, los médicos diseminaban prohibición y placer en sus discursos reformadores. Todos los organismos sanitarios creados a partir de 1880 tenían sus propias publicaciones, sumados a las novelas, ensayos, afiches, y posteriormente la proyección de diapositivas y películas cinematográficas. Se trata de extender, bajo el paraguas de la higiene y la salubridad, el dominio de lo público a lo privado. En las casas, en las fábricas, en los conventillos, en los colegios. Entrar en cada hogar para hablar de sexo: *¡Madre, educad vuestras hijas!*, es el título de una de las películas de la Liga Argentina de Profilaxis Social. La vida íntima se hace visible bajo la lente conceptual de la higiene. Escribe Eduardo Wilde: “ La higiene pública se dirige a las poblaciones, la higiene privada sirve para los individuos; pero podemos decir, haciendo una metáfora que se legitima muy bien, que una población no es más que un individuo visto con una enorme lente...”¹⁶

La vida íntima se transforma en un problema cuando la peste de las casas pobres puede extenderse a los palacios. Es necesario controlar, porque si bien la fiebre amarilla es ingobernable, distinto es el contagio de inmoralidad que trae la prostitución. Pero si la clase social que discute las leyes para combatir la “mala vida” es la misma que la disfruta, difícilmente pueda haber acuerdo en cómo llevar adelante una política higienista eficaz. Por ello, las discusiones entre reglamentaristas y prohibicionistas son interminables, porque se discuten intereses personales y dominio en las relaciones de poder. La lucha entre la Municipalidad de Buenos Aires y la Policía Federal por el control de las casas de tolerancia y prostíbulos es prueba de ello. Y la mejor manera de mantener las cosas como están es abrir el juego a discusiones estériles, a la modificación continua de medidas, a la variación de sanciones. Lo que parece indecisión y duda por parte de las clases gobernantes oculta una fuerte voluntad política por mantener un estado de cosas que resultaba conveniente. Si en 1908 el jornal de un trabajador era de \$1,50 por 11 horas de trabajo diarias, difícilmente pueda acceder a pagar una prostituta que cobraba \$3 por servicio. Y aunque pudiera llegar a ella una vez cada tanto, no era esa la frecuencia necesaria para mantener en pie toda la industria del sexo montada en menos de 20 años. Hacían falta niños bien, calaveras, “gente

¹⁶ Recalde. *La salud de los trabajadores en Buenos Aires*.

de la sociedad” que amparase con su conducta la presencia de las prostitutas. Y si la policía respondía con desgano a las quejas sobre los burdeles no era, como sostiene Donna Guy, sólo porque el entretenimiento sexual era tan popular entre las elites como en los hombres de clase baja sino además por la complicidad del poder político con los rufianes y proxenetas que administraban la trata de blancas. En 1911 la revista *Sherlock Holmes* publica el caso de una pareja que se dedicaba a vender niños y niñas menores de edad con el fin de prostituirlos. Según la confesión de los delincuentes, “las ventas se hacían a señores respetables y a personas que ocupaban cargos respetables en la administración pública.”¹⁷

Complicidad moral y económica de las clases altas en la génesis del tango; a la vez, necesidad de reordenamiento político frente a la multitud de inmigrantes bajo la letra del higienismo, ordenanzas que prohíben los bailes, que clausuran prostíbulos. Los títulos de los primeros tangos hablan de forma procaz de lo mismo sobre lo que escribía refinadamente la oligarquía cultural en sus libros, del instinto sexual y el placer, sólo que éstos decían como denuncia lo que en los tangos era dicho de forma directa con jovialidad. Los libros y los primeros tangos hablan de lo mismo: el apetito sexual recibe tanta promoción en los bailes del cabaret como en los escritos de Sicardi, de Cambaceres, de Argerich o de Eduardo Wilde. La erótica del tango acompaña la vocación de hablar de sexo de los escritores higienistas del 80. Y aunque fuese el prostíbulo el lugar de aceptación y la literatura naturalista el del rechazo, lo esencial no es “saber si al sexo se le dice sí o no, si se formulan prohibiciones o autorizaciones, si se afirma su importancia o si se niegan sus efectos, si se castigan o no las palabras que lo designan; el punto esencial es tomar en consideración el hecho de que se habla de él, quiénes lo hacen, los lugares y puntos de vista desde donde se habla, las instituciones que a tal cosa incitan y que almacenan y difunden lo que se dice, en una palabra, el “hecho discursivo” global, la “puesta en discurso” del sexo.”¹⁸

Un tango sin literatura el que se baila en los últimos años del siglo, sin ninguna explicación. Son títulos puestos en la algarabía de una noche segura de placer, de acercamiento a una mujer que ofrece el cuerpo, primero para el baile y más tarde para el acto. Era la misma jovialidad de los hombres que caminaban el prostíbulo, que fusionaban

¹⁷ Carretero. Op.Cit.

en música y danza lo dicho en razas, que improvisaba una letra o un título para una melodía alegremente inventada. El tango daba cuenta del instante, de aquello que sucedía en ese momento en el lupanar, un tango hecho a la ocasión, heterónimo a una sociedad que todavía pensaba sobre las bases de un país que ya no era, pero que ponía en circulación un discurso de prohibición y control que el tango vivía noche a noche en el prostíbulo.

La sexualidad transita en las calles atestadas de casas de tolerancia, yirantas y hombres solos que salen a su encuentro; transita en los reglamentos, en los ensayos, en el morcilleo de Parravicini y en el discurso de las mujeres anarquistas; el beso es un tema teórico para José Ingenieros y Ramos Mejía explica la personalidad de Bernardo de Monteagudo, aquel que tres años después de la revolución de mayo de 1810 hizo de la libertad una ley, como si estuviese describiendo a un proxeneta. Dice, muy eróticamente, el médico:

“ Monteagudo (...) buscaba la carne únicamente, la forma tentadora y sensual de la "zamba", naturalmente dócil y complaciente; la plegaria abrasadora de esas pupilas negras que miraban trémulas y como atraídas por la órbita oscura en donde se movían sus dos ojos malvados; las promesas de todos esos labios preñados de brutal erotismo, húmedos y temblorosos, que imploran el placer con el grito agudo y desesperante de los sentidos irritados por un largo contacto; el gemido convulsivo, el estallido del nervio, sacudido por las sensaciones tremendas de los placeres supremos. No era la "dulce e íntima fruición del alma enamorada" la que lo apegaba tanto a las mujeres, sino el apetito brutal, el contacto practicado de una manera abusiva, la sensación irresistible que lleva al extremo doloroso de los placeres solitarios, últimos vestigios e implacables testimonios de un libertinaje mórbido.”¹⁹

Las desavenencias políticas en la historia las explica Ramos Mejía por un exceso de erotismo, el pasado por los labios sensuales de Monteagudo; el presente, con sonido a extranjero y a tango. Y mientras la aristocracia cultural lo prohíbe y en la pluma de Lugones será después “ ese reptil de lupanar”, esa misma aristocracia refracta su condición de origen prostibulario en un discurso que se extiende en distintas direcciones. El tango es

¹⁸ Foucault. *Historia de la sexualidad*.

gestado y parido sobre las sábanas de la cama de una prostituta: por un lado es infección, peste, es la expresión cultural de la inmigración, una música decadente y bruta; por otro, la aceptación por parte de muchos niños bien, miembros de la oligarquía, que concurren a los prostíbulos y cabarets y se hacen músicos, bailarines, patoteros, compositores, habitués del sexo prohibido y de su música. El obrero Angel Villoldo y el aristócrata Rosendo Mendizábal, el lunfardo hereje y las palabras en fino francés, el perengundín de La Boca y los patios de Palermo, las yirantas y las coccotes, la guitarra pobre y el piano aristocrático, los compadritos y las patotas de niños bien. La sexualidad es el fondo, el bajo continuo de un Buenos Aires que arde.

El intento de saneamiento higienista fracasa: la prostitución crece y se hace mafiosa, la sífilis se expande, los conventillos aumentan en número y en bajas condiciones de salubridad, la política toma otro color a manos de Hipólito Yrigoyen, el primer hombre de origen humilde que llega a la presidencia por sufragio popular, y el tango, esa música prohibida y pecadora, imprime por millares sus partituras en la imprenta.

Anfibio, el poder ejercido durante tantos años buscará un nuevo hábitat donde mantenerse vivo. Su camino conducirá a “la hora de la espada”, tal como llama Lugones a la llegada del dictador Urriburu y con él, el fin del Buenos Aires prostibulario y una nueva reorganización de las relaciones de poder. El tango establecerá nuevas alianzas: smoking, viajes a Europa, poetas, baile sin cortes ni quebradas, orquestas, grandes salones. Recibe una doble bendición: la religiosa, en la boca del Papa Pío X, y la civilizada, en los salones de los Estados Unidos y principalmente de la alta sociedad de París.

Aquella presencia marginal y heterodoxa que tenía en su origen comienza a diluirse lentamente y entonces el tango hace propio el discurso que hasta entonces enfrentaba. Ya no habrá ni putas ni rufianes ni compadritos. Los problemas van a ser otros: Buenos Aires, el amor, el abandono, la madre, el tango mismo, la patria, los amigos, el alcohol.

A su modo, el tango sublima el desborde dionisiaco de los comienzos, se vuelve canción y entonces, para mantenerse vivo, se higieniza.

Gustavo Varela
2004

¹⁹ Ramos Mejía. *La neurosis de los hombres célebres*.